

Cristo y vereis que todo él es un código sublime de amor.

Es cierto que en algunas partes parece que se ensalza la division y en otras se habla de castigos; pero debeis advertir que se dirijia á gente oscura y que estaba poco, muy poco iniciada en el conocimiento del amor.

Aquellos hombres no comprendian mas Dios que aquel de quien Moises les hablaba, presentándolo lleno de ira y de venganza, pues se vió obligado á ello por lo limitado de sus inteligencias, debiendo advertir que estas eran de las mas adelantadas, puesto que los otros pueblos divinizaban hasta las pasiones humanas mezclándolas en su politeismo.

Si ahora creéis que todavía se pueden hacer semejantes pinturas de la Divinidad os engañais, porque un Dios con pasiones humanas, solo puede considerarse como tal condenando la razon.

He aquí el porqué en este siglo de progreso, se entrega el hombre á creer mas bien en la materia, pues los muchos absurdos con que habeis encubierto el cristianismo han arrastrado á una gran parte á la frialdad religiosa primero, y luego al escepticismo.

Por lo tanto, vosotros sois los únicos culpables de que el imperio ó reinado de Satanás, como llamais vosotros al descreimiento religioso se entronice en lugar del reinado del espíritu de amor y de verdad.

¿Mereceis ó nó los reproches que Cristo dirijió á los Phariseos? cuando dijo: **“Sobre la Cátedra de Moises se sentaron los Escribas y Phariseos hipócritas”**—S. Mateo, cap. XXIII, v. 2.

Mas ¡ay de vosotros Escribas y Phariseos hipócritas! que cerrais el reino de los cielos delante de los hombres: Pues ni vosotros entráis ni á los que entrarian dejais entrar.—S. Mateo, cap. XXIII v. 13.

“¡Ay de vosotros Escribas y Phariseos hipócritas! que devorais las casas de las viudas haciendo largas oraciones: por esto llevareis un juicio mas riguroso.—S. Mateo, cap. XXIII v. 14

“¡Ay de vosotros Escribas y Phariseos hipócritas! que limpiais lo de fuera del vaso y del plato y por dentro estais llenos de rapiña y de inmundicia”—S. Mateo, cap. XXIII v. 25.

“Phariseo ciego, limpia lo interior del vaso, para que sea limpio lo que está fuera”—S. Mateo, cap. XXIII, v. 26.

“¡Ay de vosotros Escribas y Phariseos hipócritas! que sois semejantes á los sepuleros blanqueados, que parecen de fuera hermosos á los hombres, y dentro están llenos de huesos de muerto y de toda suciedad.”—S. Mateo, cap. XXIII v. 27.

“Así tambien vosotros de fuera os mostrais en verdad justos á los hombres: mas de dentro estais llenos de hipocresía y de iniquidad.”—S. Mateo, cap. XX v. 28.

Los siete versículos del Evangelio que acabo de citar, ademas de que parecen haber sido escritos para condenar los abusos del clero romano, manifiestan claramente, que así como yo combato lo superficial y absurdo para dejar la parte esencial de la doctrina de Cristo, tambien él combatió al sacerdocio de su tiempo.

XXIII

El hombre cuando está en el principio de su progreso intelectual sufre la esclavitud con la misma mansedumbre que los animales domésticos. Siente la necesidad de libertad; pero no obstante este deseo tolera el yugo que se le impone.

A proporcion que su inteligencia se desarrolla, experimenta mayor necesidad de ser libre, hasta que llega un momento en que rompe con energía las cadenas que lo esclavizan

sin que haya poder bastante para contenerlo en su furor. Odia la opresion y mata y destruye todo lo que se opone á su libertad.

Este periodo de la humanidad ha pasado por lo que toca á la opresion corporal ó física, pues si bien todavía se encuentran algunos seres humanos que gimen en la cadena, son muy pocos y ya se prepara su libertad; pero no sucede lo mismo con respecto á la esclavitud moral ó del espíritu, porque esta se encuentra en toda la plenitud de su época reinante.

Así como en el período de la formacion del planeta la materia ígnea oprimida por la costra solidificada ocasionó grandes cataclismos por la rotura y levantamiento de la parte condensada; en la actualidad también se preparan grandes y espantosos trastornos, porque el espíritu humano se halla atado moralmente y se dispone para destruir á sus opresores.

Ocultar la verdad no es conjurarla; pero ¿sabeis de dónde dimana la opresion del espíritu humano en la inmensa mayoría de lo que llamais pueblo?

En primer término figura la ignorancia, viene despues la falta de amor, y por último, las clases elevadas, que se creen nobles y privilegiadas; siendo estas últimas las únicas culpables de que impere el egoismo en lugar de la caridad y las tinieblas del entendimiento en vez de la luz.

Pero ellas son también las que deben sufrir con mas intensidad las consecuencias de la gran revolucion social que de día en día, se hace mas inevitable, puesto que no se ponen los medios para extirpar el mal.

Los que pertenecen á las clases mencionadas, dirán: Nosotros no somos culpables de la pereza del pueblo ni de

su poco espíritu de empresa. Si nosotros nos encontramos á mayor altura que las masas, es debido á nuestra inteligencia y trabajo; que haga lo mismo el que quiera llegar hasta igualarnos y saldrá de su triste estado.

A primera vista parece estar muy bien fundada esta razon; mas examinada á fondo no tiene ninguna solidez: y solo manifiesta una gran dosis de ignorancia y la falta completa del conocimiento en la ley del progreso humano, porque deberian comprender que esta no se extiende sobre determinadas clases sino que abraza á toda la humanidad.

Manifiesta, ademas, que el que trata de apoyarse en ella no conoce que el amor es la senda del progreso espiritual, pues examinando detenidamente el punto de que se trata, se puede ver que este sentimiento es necesario en todo, aun para el bienestar material de aquellos que solo buscan los goces de los sentidos.

Decis que vosotros no sois culpables de la ignorancia y pereza del pueblo; mas en verdad que lo sois, porque debéis saber que la humanidad es un ser colectivo para el progreso moral lo mismo que para las comodidades de la vida.

Vosotros sois los poseedores del oro que proporciona todos los elementos para la instruccion y goces, y yo quiero conceder lo que afirmáis, que todo esto es el producto de vuestro trabajo y que el capital acumulado lo representa; pero ¿es esta riqueza debida al trabajo individual de las familias que lo poseen, ó es producido por el pueblo que acusáis de perezoso?

Negad, si podeis, que los metales preciosos son recojidos por el pueblo; negad que las sustancias con que os alimentais son regadas con el sudor del pueblo; negad que

los artefactos de vuestro lujo y comodidades son producto del pueblo; negad, por último, que el pueblo es quien lo produce todo y que las clases acaudaladas son las que gozan de su trabajo.

Por lo que acabo de exponer se ve que es muy injusto tacharlo de perezoso, y que si es ignorante, la culpa es de los que lo oprimen con un trabajo material largo y rudo, el cual se ve obligado á desempeñar para satisfacer de una manera miserable las primeras necesidades de una vida del todo corporal.

De modo que lo que llamais pereza en él no es sino el hastío causado por el poco producto que le proporciona su trabajo.

No es que no tenga aspiraciones á una vida mejor, sino que viendo la imposibilidad de alcanzarla se entrega al ocio cuantas veces puede como su mayor felicidad, ó bien la busca por otros medios que las leyes condenan.

El cuadro que acabo de bosquejar, aunque con colores sombríos, es tan cierto como verdadero.

¿Sabeis cual es la causa de esta opresion que imponen los potentados sobre los menesterosos? La causa es la falta de amor, y como en donde este no reina no puede establecerse el orden basado en el principio de justicia "No hagas á otro lo que no quisieras te hicieran," de ahí la consecuencia del odio contra las clases elevadas, que lentamente va fermentando en el espíritu de los oprimidos, es decir, de todos los que están atados con la cadena moral, que la falta de amor les impone.

Observad con toda atencion lo que está pasando en este siglo en que se ha deificado el oro.

En los pueblos que se llaman libres no son todavía muy sensibles las trepidaciones causadas por la fermentacion de

los ánimos, pero ya son bastante notables manifestándose por el odio á los Soberanos, en los que están mas esclavizados.

Marcar el origen del mal es indicar el remedio.

La falta de amor á la verdad y al bien es el origen de todos los males.

La limosna que haceis algunas veces bajo el título de caridad con la cual encubris vuestra falta de amor mal disimulada, se debe á la falsa interpretacion de las doctrinas salvadoras y á la inmovilizacion religiosa.

Muchos ejemplos de esto os puede prestar la Historia.

La inmovilizacion religiosa ha traído siempre la revolucion religiosa, porque estando la creacion bajo la ley ineludible de progreso, este no puede faltar en ninguna de sus partes componentes.

La religion es el lazo que une el Criador con la criatura, de donde resulta que es una de las necesidades mas grandes del hombre; y cuando éste avanza en todos sus conocimientos y la religion no se conforma con la ciencia, sino que por el contrario condena sus afirmaciones como heréticas por mas que sean bien comprobadas, el hombre entonces dice: Estoy tan cierto de esta verdad científica como de que existo; luego la religion que la condena no es verdadera. De ahí deduce que no hay mas verdad que la ciencia, y como esta se dirige especialmente á la materia sienta esta afirmacion: No hay mas ser que el material.

¿Y quienes son los responsables de todas estas falsas deducciones, sino los monopolizadores de las verdades reveladas que quieren ser los únicos depositarios de ellas y árbitros de las conciencias, no permitiendo el progreso religioso, antes bien, condenan á sus iniciadores con la excomunion?

Mirad lo que haceis clero Romano, vuelvo á deciros: mientras en vuestras prácticas y predicaciones tratais de

propagar y extender el culto al nombre de María por medio de la veneracion á su pureza, y les enseñais á vuestros fieles que por el amor que tiene á la humanidad, Ella es la única tabla salvadora en el naufragio de las pasiones; habeis sembrado el terror hácia la Divinidad en el corazon de los hombres, hablándoles hasta la saciedad de la ira y la cólera del Señor haciendoles temerlo en lugar de enseñarlos á amarlo.

Solo una chispa de esperanza les habeis dejado, la que activais, pretendiendo que abraza los corazones. Esta es el amor hácia María.

Por eso en las mayores aflicciones, en los instantes mas decisivos, como le llaman los Romanistas, al momento de la muerte, me invocan y me ruegan con todo el fervor de que es capaz una alma dominada por el temor, dándome el dulce nombre de madre. Mas cuando mi ser conmovido por su súplica intenta prestarles el auxilio que de mí imploran, encuentro las mas veces un espíritu cerrado, por decirlo asi, á las emanaciones de amor.

No hay semilla que pueda fructificar en un espíritu seco. El que no ha sido regado con las aguas saludables y fertilizadoras de la fuente purísima de amor, es decir, el que no ha recibido el bautismo del amor de Cristo, no puede esperar los consuelos del Espíritu de Verdad.

Me llaman **“auxilio de los desamparados, consuelo de los afligidos”** y no abren su espíritu para recibirme. Me invocan como madre de las misericordias para que les de por gracia lo que Dios solo concede por justicia. ¿Cómo puede descender la luz en aquellos que no quieren recibirla porque su espíritu está satisfecho con el mito de verdades que la razon del clero ha fraguado? ¿Cómo es posible que entre multitud de plantas parácitas florezca la verdad?

Ya sé el lugar que dareis á mi doctrina: en vez de ser

juzgada con gran meditacion, será condenada ántes de conocerla y examinarla á fondo.

Una lectura superficial de mis enseñanzas os hará exclamar: ¡Esta es una doctrina destructora! Despues de quitar todo freno á las pasiones negando el pecado y el castigo, exalta el ódio del pobre contra el rico! Mas, meditad, os digo, vuestras palabras y ved que mientras enzalsais mi nombre llamándome la madre de Dios, y llegais casi á idolatrar en mi ser, condenais mis palabras.

Esto lo digo porque sé que las habeis de condenar y que en vuestra conciencia no puede fructificar la **simiente** de verdad, porque no está preparada para recibirla.

Apesar de esto, como Cristo mi amado hijo, me recomendó la maternidad adoptiva de la humanidad terrestre estaré siempre como madre amorosa al lado, aun, de aquellos hijos que me desprecian despreciando las enseñanzas de mi amor. Sabed que la mision de una madre es velar por los hijos más enfermos, porque estos son los que mayor necesidad tienen de sus cuidados.

¡Venid pues hijos míos! venid y atended el llamamiento de mi amor! Acaso no creéis que es vuestra madre la que os llama porque mis palabras no han sido dictadas á una de las grandes dignidades de la Iglesia Romana? ¿Cómo queis que así fuera, si miéntras mayor es la altura que alcanzais mas confiados os entregais á vuestra pretendida infalibilidad? ¿No veis que apoyados en ese falso título ensordeceis á toda palabra de verdad que no venga de vuestro criterio?

¡Oh, volved en vosotros! ¡Haced abstraccion de vuestra dignidad mundana: recojeos en sí mismos, mirad en vuestra conciencia que sois soberbios y acordaos de las palabras de Jesus, mi hijo, cuando dijo al hablar de los niños: **“El que no se hiciere como uno de estos pequeñitos no entrará**

en el reino de los cielos," y cuando esto hubiereis hecho, es decir, cuando humildemente busqueis la verdad, meditaad mi doctrina sin prevencion.

Remontad vuestro espíritu á las causas para que de allí podais deducir los efectos. Buscad al Ser Criador como el infinito perfecto, y ved si de la perfeccion infinita puede haber tomado origen el mal eterno que afirmais existe para castigo del pecador.

¿Creéis que en Dios existe la bondad infinita cuando sus criaturas estan entregadas á un sufrimiento sin fin? Si tal cosa creéis sabed que es porque el amor os es del todo desconocido, y llorad, sí llorad, porque miéntras estéis en este estado, vuestro espíritu no podrá recibir mis palabras amorosas que son las de una madre.

¡Oh, no cerreis vuestros ojos ni ensordezcáis, oíd y ved! ¿Creéis que la humanidad es todavía un niño á quien se trata de corregir en su tierna edad por el temor? Si tal es vuestra creencia os engañais, porque esta, por la ley de progreso, ha llegado ya á su virilidad, y cuando en esta edad se trata de atemorizarla se ríe de la candidez de los que tal cosa pretenden todavía.

Por lo tanto, no hay mas que mostrar la verdad desnuda, la cual es, que se debe obrar el bien por amor al bien mismo.

Todavía es tiempo, hijos míos, Procurad hacer ménos cruel el cataclismo social que sin duda ninguna se prepara. Teneis todavía un gran dominio sobre las conciencias; haced á un lado las prácticas de pura fórmula: procurad infundir el amor en el corazón de los hombres: enseñadles á que se amen mutuamente como si fueran un solo ser, inculcadles el amor á la verdad y á rendir culto á Dios en espíritu, y adorarle como el infinito amor.

MARIA, madre del CRISTO, y madre adoptiva de la humanidad terrestre.

LIBRO II.

I.

Para que la semilla de mi doctrina fructifique preciso es que sea sembrada en un espíritu limpio.

Esto no es decir que se necesite que sea puro, pues en este caso nada que no conociera le mostrarían mis enseñanzas, si he dicho limpio es para hacer comprender que estos deben ser sus deseos y que es indispensable se despoje de toda preocupacion y con especialidad de aquellas que han hechado profundas raíces en su ser.

Con este fin procuro extirpar todos aquellos errores de secta que no sirviendo sino para entiviar el sentimiento han tomado el carácter de esenciales y precisos, y que por la forma material que representan matan el espíritu religioso.

Mi doctrina es solo la interpretacion clara y terminante de las enseñanzas de Cristo, y si algo nuevo parece encontrarse en ella, es porque se hace necesario el conocimiento de mayor verdad para la buena inteligencia del Evangelio.